

Un país que insiste

Otra vez, como cada año, aquello que llaman patrimonio –con todos los matices que esa palabra encierra– se pone a disposición de quien se interese por conocerlo. Se nos invita a visitar edificios, parques, bibliotecas y museos; instituciones señeras, lugares habitualmente impenetrables y pequeñas nuevas luces que se encienden en rincones inesperados de la ciudad.

A estas alturas ya es una tradición que saca lo mejor de lo nuestro; una instancia virtuosa, civilizada y hasta elegante si se quiere, de buen gusto, que habla de un país que –con todo– es capaz de mirarse al espejo y quererse un poco. No todos los países pueden decir lo mismo.

Es también uno de los pocos momentos en que la arquitectura protagoniza la fiesta, como el cuerpo material que ordena y da cabida a los relatos. Los ecos de la historia tienen cuerpo y se manifiestan entre salones, pasillos, techos, pilares y jardines. Se pueden ver y se pueden tocar, como en un pequeño sueño que vuelve a poner a los arquitectos en una situación de relevancia frente a una sociedad que escasamente construyen.

Dijo Raul Ruiz que “insistir en ser chileno es como insistir en estar resfriado, pero aun así es un país que existe e insiste”. En esa eterna paradoja llena de voluntad se mueve nuestra cultura, como una identidad de la no identidad;

pero como esa es una discusión infructuosa, por mientras vale la pena salir a la ciudad y descubrir en qué ha consistido esa insistencia.

Gonzalo Schmeisser,
Académico Arquitectura UDP